

Y en efecto, Dios no lo quiere... El anciano aguardaba; mas... ¡ha muerto! y ha muerto *demasiado pronto*... ¡a los 80 años!

Y... fué arrojado al abismo eterno... Y al caer miró hacia la tierra... Y vió á otros muchos que siguen por sus mismos pasos; aquel hombre, aquella mujer, el joven, la doncella!

Y... por última vez vuelve sus ojos al cielo... sobre la infranqueable puerta, escrita está la palabra: *¡Bienaventurados!*

Y lanza el grito postrimero á su juez exclamando: —Vuélveme á la vida, que yo me salvaré, y salvaré también á los culpables como yo!...

Mas, como rayo centelleante, brilla la ira de Dios, y el terrorífico trueno de su palabra retumba descendiendo al abismo y dice:

¡Apártate de mí, maldito, al fuego eterno!!

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

BAZAR DE CARIDAD

PARA LA
OBRA DEL CATECISMO.

CALLE DE LA ACEQUIA, BAJOS DEL NÚM. 2

MEXICO

EL CATECISMO

ORGANO
DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINUA.)

Mas, ya advertimos que se presenta otra dificultad. Si Jesucristo padeció y murió por todos los hombres, ¿por qué son tantos los que se pierden? ¿Cómo conciliar la eficacia de la universalidad de la redención con este crecido número de réprobos, aun entre los cristianos, como se nos repite con frecuencia?

El corto número de los escogidos es una verdad incontestable; pero reflexionad un poco y decid si la condenación de los muchos proviene de Dios ó proviene de los mismos hombres. ¡Cuán graves obstáculos oponen éstos á la pasión de Jesucristo! ¡cuántos miserables por sus propias faltas y por su malicia inutilizan la sangre que derramó por ellos! Supongamos que un excelente médico hubiera inventado una medicina capaz de curar toda clase de enfermedades; ¿creéis que todos los enfermos recobrarían la salud? no; habría quienes continuarán

enfermos ó por no aplicarse el específico ó por aplicárselo mal.

A este modo, Jesucristo preparó el remedio que da la salud á todas las almas; y sin embargo, muchas se pierden porque desprecian los medios indicados para recobrarla y se hacen indignos de las gracias que les ha merecido el Salvador y que infaliblemente las sanaría. Si queréis persuadiros aun más de esta verdad, ved lo que sucede. ¿Conocéis acaso cristianos seriamente dedicados á su propia santificación y salvación, vigilantes, enemigos del pecado, cumplidos en sus deberes, mortificados en sus deseos y apetitos, fervorosos en la práctica del bien? ¡Oh! ¡cuán corto es su número! La pereza, el desaliento, el amor al vicio, la satisfacción de las pasiones, hé aquí lo que domina y prevalece en la mayor parte de los cristianos. ¿Qué más? Hay muchos también, ignorantes y presuntuosos, para quienes los méritos de Jesucristo son ocasión de pecado y de impenitencia. Repiten muy ufanos esta expresión de San Juan: *No envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve* (III. 17.); y de esta divina máxima se valen (interpretándola, claro está, pésimamente) para pecar con mayor atrevimiento, para endurecerse en sus crímenes, prometiéndose después de una vida culpable un fin dichoso y una impunidad que carece de toda garantía.

Si la redención de nuestro Señor Jesucristo tuviese poder para salvar no obstante esas malas dis-

posiciones, no temeríamos decir que había sido una obra de verdadera iniquidad, puesto que servía para alentar á los hombres al pecado y á los vicios.

Si son muchos los que se pierden, esto no proviene de que la redención sea estéril ó que sus efectos sean limitados; proviene, entendámoslo bien y sigamos esta verdad sin el más pequeño temor, proviene de que la pasión de Jesucristo no basta sin nuestra cooperación, aunque tenga, como tiene en sí, un valor infinito. No lo dudemos; así es en realidad de verdad. Ya San Agustín nos lo enseñó con estas palabras: *El que te crió sin ti, no te salvará sin ti*. Regla sin otra excepción que la de los niños que mueren antes de llegar al uso de la razón y se salvan por sólo los merecimientos de Jesucristo que se les aplican en el bautismo; pero para los adultos es siempre y en todo caso indispensable su cooperación, esto es, el sincero arrepentimiento de sus faltas, la fuga del pecado y de las ocasiones malas, la fiel correspondencia á la divina gracia, la práctica de la oración, de los sacramentos y de las virtudes cristianas; porque estos son los medios por los cuales se nos pueden aplicar aquellos merecimientos y virtud de la pasión y muerte de Jesucristo.

Habiéndonos precedido el Salvador en el camino doloroso y habiéndonos alcanzado de su parte todo cuanto nos es necesario, nos exige que marchemos resuelta y fielmente por sus pisadas y que obremos de conformidad con él. No se trata, pues, de investigar los secretos de su Providencia respecto de nues-

tro porvenir; se trata de hacer buen uso de los medios que nos ha proporcionado para salvarnos; se trata de que pongamos la más cuidadosa atención y de pedir á Dios una buena muerte, con piedad, con humildad y con perseverancia.

La práctica mejor para llegar á este resultado es pensar habitualmente en la pasión y en la muerte de nuestro Señor Jesucristo. Si, Jesucristo crucificado; ved aquí el grande objeto que debe ocuparnos de preferencia á cualquiera otro. Este debe ser nuestro alimento cotidiano y no simple ocasión de una emoción estéril y pasajera el Viernes santo. A ello nos excita la gratitud que debemos á nuestro amantísimo Salvador y el interés personal de nuestra eterna felicidad.

Decimos en primer lugar *la gratitud*, porque la redención es el más grande de todos los beneficios, es el exceso mismo de la bondad divina. Si un Dios ha derramado realmente su sangre por nosotros; si ha sacrificado su vida; si su muerte ha aplacado la cólera divina y puesto fin á nuestros males; si nos ha abierto los tesoros de la celestial misericordia, manantial de todos los bienes, ¿no sería la más monstruosa ingratitud vivir sin pensar en él? En reconocimiento de tales servicios, deberíamos sufrir por Dios todo género de penalidades; y no nos exige sino algunos pensamientos, algunos sentimientos de amor y de gratitud en cambio de lo que ha hecho por nuestro bien. ¿Hay cosa más justa? Y sin embargo: *El justo perece; y no hay quien reflexione sobre esto en su corazón.* (Isaías LXII. 1.) Jesucris-

to ha instituido el santo, grande y augusto sacrificio de la Misa para que sea un memorial perpetuo de su pasión y de su muerte: *Todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor* (I. Cor. XI. 26); y por lo mismo, especialmente cuando asistimos al divino sacrificio, debemos pensar en la pasión y hacerla objeto de nuestra tierna devoción.

Pero, además de la deuda de reconocimiento que pagamos así á Jesucristo, trabajamos en nuestro propio interés, porque no hay en verdad pensamiento más eficaz ni más provechoso para nuestra santificación.

El pensamiento de un Dios que padece y muere por nosotros, hace resaltar á los ojos, con la mayor evidencia, el infinito amor que nos ha tenido, la excelencia y el valor de nuestra alma, rescatada á tan subido precio, la gravedad y enormidad del pecado que la justicia divina ha castigado con tanto rigor en su adorable persona; y finalmente, el ejemplo de las más sublimes virtudes practicadas por Jesucristo en grado eminente y heroico. Nada hay por consiguiente que pueda mejor producir en nosotros saludables impresiones de la caridad hacia Dios, de horror al pecado, de amor á la penitencia, de celo por imitar las virtudes del Redentor.

Este pensamiento nos facilita el triunfo sobre todos nuestros enemigos, el demonio, el mundo y la carne. El demonio nos tienta por la desesperación y la presunción; mas la pasión de Jesucristo combate una y

otra, inspirándonos viva confianza por un lado, y saludable temor, por otro. El mundo y la carne nos tientan por el atractivo de los placeres y el horror de los sufrimientos; mas la pasión del Señor nos inspira aversión á los primeros, y amor á los segundos. Finalmente, es el mejor consuelo, la suprema dulzura en todas nuestras penas; porque no hay pruebas ni aflicciones en las cuales los padecimientos de Jesucristo no nos llenen de consuelo ó no nos sirvan de ejemplo. Así el Apóstol San Pedro, queriendo poner á los fieles á cubierto contra los asaltos de la tentación ó de la desgracia, los exhorta á armarse ante todo con el pensamiento de Jesús que sufre: *Habiendo Cristo padecido por nosotros la muerte en su carne, armaos también vosotros de esta consideración.* (I. Epíst., IV. 1.)

Mas para meditar con fruto en la pasión y muerte del Salvador, es preciso hacerlo de manera que verdaderamente mueva nuestros afectos y nos penetremos de sentimiento y dolor; para lo cual los maestros de la vida espiritual señalan diferentes métodos, destinados á producir los más excelentes frutos.

(CONTINUARÁ.)

MORAL

EL RESPETO Á LOS SACERDOTES.

(CONTINÚA.)

VI

Pasemos ya á considerar otro beneficio que la sociedad debe á la Iglesia y principalmente al sacer-

docio: *el cuidado de los enfermos.* Decimos que principalmente á sus sacerdotes, porque es una regla invariable en el curso de los acontecimientos y tiene altísima razón de ser, que las obras, las instituciones prácticas, son fruto y consecuencia de las ideas y convicciones; que éstas á su vez lo son de las doctrinas.

Ahora bien; aquí tratamos de las obras que suponen la fe informada por la más ardiente caridad, y San Pablo ha dicho: *la fe es por el oído, y el oído por la palabra de Cristo.* . . . ha dicho también: *¿cómo creerán á aquel que no oyeron? ¿y cómo oirán sin predicador?* (Ad Rom. X.) El sacerdote es el heraldo de Jesucristo y el encargado del ministerio de la palabra del Señor.

Las enfermedades son triste é ineludible patrimonio de la humanidad caída; pero al dolor suelen rodearle muy diversas circunstancias. El dolor puede ser aliviado y principalmente santificado, si hay quien rodee al enfermo, quien se compadezca de él, quien participe del dolor y se interese por remediarlo, quien consuele, quien aliente á sobrellevar la enfermedad, á mirarla como medio de expiación, como prueba de la Providencia y en todo caso como bella oportunidad para labrar con el dolor y resignación cristianos la inmarcesible corona de la gloria; ni es de poca importancia que haya elementos para médicos, medicinas y comodidades.

Mas con harta frecuencia se ve que los enfermos, ó pobres ó abandonados de los suyos, carecen de me-

dios que alivien ó hagan menos penosas sus dolencias. La enfermedad suele asociarse á la miseria, y no es raro que los parientes, por egoísmo ó repugnancia, abandonen al desgraciado que es víctima de contagioso mal.

¿Qué hacer ante ese infortunio? ¿La Iglesia será impasible esa desgracia? No en manera alguna, pues se moverán sus entrañas de caridad: es madre y ama á sus hijos tanto más cuanto más desdichados. En todos tiempos ha fundado, ha protegido, ha impulsado y ha vigilado los hospitales y siempre santificando estas benéficas instituciones. Ahora dirémoslo de paso: por lo que respecta á nuestra patria, las malas leyes han secularizado los hospitales, han estorbado el desarrollo de la caridad netamente cristiana y han privado de los consuelos de la religión á los que sufren.

La caridad no se sustituye con nada. La caridad por su propia naturaleza es un bálsamo celestial que cura antes que todo las hondas heridas del alma y puede hacer quizá amables las del cuerpo. Poned á la cabecera del enfermo gentes mercenarias que tienen esa ocupación porque no se les presenta otra: ¿creéis que tendrán compasión de los dolores, paciencia en las imprudencias de los enfermos, fuerza de voluntad para sobreponerse á la repugnancia que cause el aspecto de una llaga, el hedor de la gangrena, el temor del contagio, etc.? ¡No! porque no hay amor, no hay caridad. Poned por el contrario una persona que quiera sacrificarse por Dios en el ejer-

cicio de las más arduas virtudes; y luego veréis que la madre natural no puede ser ni más compasiva, ni más cariñosa, ni más tierna. Es la caridad que ha encendido su lámpara y que vela por el desgraciado.

La Iglesia, fecunda inspiradora de levantadas ideas y de nobles sentimientos, ha contado con multitud innumerable de fieles hijos que por devoción y hasta por voto se han consagrado al cuidado de los enfermos. Además de las órdenes monásticas fundadas para este noble fin, han existido muchísimos santos que en los hospitales han hallado vasto campo para el ejercicio de heroicas virtudes. Los obispos y los reyes han creído honrar respectivamente sus mitras y su púrpura con tan santo ministerio.

No se han exceptuado del influjo divino de la caridad ni las más horribles y pestilentes enfermedades. Para probar esto recordaremos la vivísima descripción que una célebre escritora hace de la lepra en la edad media, así como de los medios que la Iglesia ponía en práctica para aliviar la triste situación de los leprosos. Dice así:

«Es hoy la lepra tan escasa en nuestras regiones occidentales, que pocos europeos tienen conocimiento de la forma en que se presenta semejante azote. Afección misteriosa cuyo origen envuelve sagrado terror, que se remonta al comienzo de los días de la humanidad; que imprime su sello pavoroso en las páginas bíblicas, hasta el punto de que Moisés la llame con el nombre expresivo de *tsarath*, es decir, *mal terrible*; que á un signo de Dios bajaba, tremenda y muda,—

ya á aquilatar la paciencia del justo tendido en el estercolero, ya á abatir la soberbia del impío encumbrado en el trono,—la lepra, antiquísima en Oriente, cayó sobre la Europa en la Edad Media. Trajéronla influencias y circunstancias que no es fácil señalar con precisión, pues si bien se atribuyó á la comunicación que con el Oriente establecieron las Cruzadas, consta que ya en el siglo VII el rey Rotaris hubo de promulgar leyes draconianas para atajar en Lombardía los progresos de la lepra, y que en el VIII le imitó Carlo Magno en Francia, ordenando el aislamiento completo y riguroso. En presencia de la calamidad fué evocado el recuerdo de las severas y sabias disposiciones mosaicas, y la sociedad quiso cortarse el miembro gangrenado para salvar el resto del cuerpo. Pero, despierta la admirable actividad de aquellos siglos, asociada la idea religiosa á las medidas higiénicas para dulcificarlas, combatióse el mal que arreciaba, con la caridad que crecía. Formóse la Orden de San Lázaro, en que el gran maestre era siempre un leproso; y esta Orden, heroica en los campos de batalla, incansable en la fundación de asilos para el dolor, contaba á mediados del siglo XIII diez y nueve mil hospitales suyos esparcidos por toda la cristiandad.

«Aparecíase la lepra á manera de horrendo enigma propuesto al hombre, que ignoraba sus causas y el modo de combatirla. Semejante á árbol maldito que arroja innumerables renuevos tan emponzoñados como él, desarrollábase el contagio con gran lujo

de horribles variedades. Ya era la lepra negra que abigarra el cutis salpicándolo de manchas y tubérculos leonados ó del matiz de las heces del vino; que hace mañar del rostro un humor repugnantemente oleoso, que hincha y desfigura todas las facciones; que roe el cartilago de la nariz, el pabellón de los labios; que se lleva el cabello, la barba, las pestañas y las cejas; que deslíe los ojos en una masa purulenta y vuelve quebradizas como cristal las uñas; que encoge los músculos y va desprendiendo una á una las falanges de los dedos, hasta que por último llega á desligar las articulaciones que sostienen manos y pies. Ya la lepra blanca, que destruyendo el pigmento, tiende un sudario de nevada podredumbre sobre los muertos tejidos. Ya la lepra ulcerosa que va cebándose en la epidermis, en la carne, llegando con su caries hasta la médula de los huesos, haciendo del cuerpo vivo, conjunto de viscosa fetidez, despojo informe roído por todas partes, como están los cadáveres en el osario, animado sólo de un espíritu para sufrir. Ya la elefantiasis de los árabes, que muda la forma de hombre en monstruosa caricatura de paquiderme, que da al cutis apariencia de cuero toscó y rugoso, ó le cubre de leves escamas de pez, ó bien de gruesas costras amarillas; que entumece y anestesía los miembros hasta el extremo de que el paciente no los tenga por parte de su cuerpo, sino por carga horrible que arrastra pegada á sí. Y bajo cualquier aspecto que se presentase la lepra, rebelde entonces como hoy, á los esfuerzos de la medicina, con-

tagiosa quizá, repulsiva á los sentidos, era más terrible y cruel mil veces que la peste, porque el infeliz leproso se veía á sí mismo corromperse, deshacerse y fenecer, no con rápido aniquilamiento, sino con sepulcral lentitud, como difunto abandonado ya á la lobreguez, á las sabandijas y al hedor de la fosa.

(CONTINUARÁ.)

VARIETADES

V

¡Y ÉL, JAMÁS!

— ¿Á dónde va Ud., Don Emilio?

— ¡Uf! Caballero, tengo mucho quehacer. Figúrese Ud.: ¡son tantas mis relaciones; tengo tantos y tantos amigos, tantos y tantos conocidos! ¡Vaya! Haga Ud. la prueba si gusta, y pídamle los informes que desee acerca del domicilio de cualquiera de los moradores de la ciudad.

— ¡Hola! ¿conque conoce Ud. todas las casas, eh?

— Sí, señor, y muy que sí. Le aseguro que no hay una sola en la que no haya entrado muchas veces. Cuando le digo á Ud. que mis relaciones son incontables.

— Y sin embargo, Don Emilio, hay una casa en la cual no entra Ud. nunca!. Pasa delante de ella sin verla, á pesar de ser la más grande y la más hermosa de las de la ciudad. Tiene su puerta siempre abierta y sé que quien habita en ella os espera y os llama de la mañana á la tarde.

— ¿No cae Ud. en la cuenta, Don Emilio? Pues esa casa es la de Dios. ¡Qué! ¿No tiene Ud. relaciones con Dios? ¿Ni aun el domingo pisáis su casa? Hoy, y mañana, y pasado mañana, os ocuparéis en ver, en visitar á todo el mundo. . . . ¡á Él, jamás!

* * *

— Dispénsame, Fernando, ¿á dónde vas?

— Déjame, hombre, déjame marchar sin pérdida de un instante. Sabes muy bien que me desvívo por complacer á mi esposa y á mis amigos. Tenemos hoy recepción en casa, la tuvimos también hace ocho días, la tendremos igualmente dentro de otros ocho. . . . ora unos, ora otros! . . . ¡Vaya! Ya calcularás si tengo quehacer! Pero, vamos, cuando uno tiene muchos amigos. . . . Y luego que para recibirlos hay que hacerlo dignamente, con aquella decencia que. . . Mas ya sabes que en tratándose de obsequiar á mis amigos y á mi esposa, ningún desembolso me pesa.

— ¡Ay, Fernando! ¿y eres tú quien me dice tales cosas? Conozco uno de tus amigos,—el mejor de todos, sin duda,—á quien no te apresuras á recibir, aunque bien conoces cuánto gusto tendría tu esposa en que lo hicieras, y qué inefable gozo le causarías á él mismo!

— ¡Ah! Mucho tiempo hace que el mejor, el más noble, el más amante y cariñoso de tus amigos está á la puerta de tu casa y llama! . . . Y tú, Fernando, no lo recibes siquiera una sola vez en el año! . . .

Jesucristo, tu Dios, no ha entrado en tu corazón; y esto desde hace largos años! . . . Recibes á tus amigos diariamente. . . á *Él, jamás!* . . .

* * *

—¿A dónde os dirigís, Señora? . . . ¡Gran Dios! ¡y qué prisa lleváis!

—Sí, caballero, tengo un asunto de importancia que comunicar á la Señora V***.

—Pero, ¿volveréis pronto?

—Dentro de cinco minutos, caballero.

—¡Dentro de cinco minutos! . . . ¡Bah! Sé bien lo que la palabrilla significa! . . . Hablad sin reparo. Decid que pasaréis una hora ó acaso más en vuestra entrevista con la Señora V***. Y ayer ¿no hicisteis otro tanto? ¿Y mañana no haréis exactamente lo mismo? ¡Oh señora, señora! conozco yo una persona á quien no cansáis en verdad con vuestras visitas; aunque por otra parte tenéis cosas muy importantes de que hablarle! . . . Y con todo, apenas apenas estáis un par de minutos en su casa, en la Iglesia! . . . sin que podáis alegar que vuestras ocupaciones os impiden consagrarle siquiera un cuarto de hora, diez minutos! . . . particularmente en ciertos días en que os halláis sin la menor ocupación en vuestra casa! . . . en que vuestros deberes de estado no os lo impiden en lo más mínimo! . . . Y . . . ¡oh dolor! Ni por la mañana, ni por la tarde, pensáis en ir á visitar á vuestro amigo! . . . Para visitar á la Señora V., á la Señora L., á la

Señora C., á la Señora X, cuanto os place todo el día! . . . Visitáis en verdad al mundo entero. . . á *Él, jamás!* . . .

* * *

—Soy vuestro más atento y respetuoso servidor, Señorita Marta: ¿hacia dónde os dirigís?

—Vuelvo á mi casa, caballero.

—¿Venís de la Iglesia?

—Justamente, sí señor.

—¿Estuvisteis en la solemnidad de la *Adoración Perpetua?*

—Sí tal.

—É hicisteis vuestra *hora de adoración?*

—Pues ya se ve.

—¿Íntegra?

—Casi, casi.

—¡Conque casi, casi! . . . Pero qué . . . ¿os ruborizáis? . . . ¡Ah! bien, ya caigo! . . . Cercenasteis la hora por lo menos diez minutos, si no es que más! . . . ¡Os fastidiabais con Jesucristo! ¡Contabais los instantes que *perdais* con Jesús! . . . Y, con todo, ¿repetís que lo amáis, Marta? ¡Oh no! no lo amáis. Ni vuestra fe es viva, ni es ardiente vuestra caridad! . . . Así pues, correspondisteis diligentemente á su llamamiento, pero no bien llegasteis á su presencia, cuando os sopló contrario el viento: os asaltó un capricho, vino la tentación, el demonio os dijo: «Basta, basta ya: ¡levántate y vete!» Y como veleta cambiasteis al empuje de la tentación y del capricho,

obedecisteis al demonio, y héteos aquí ya de vuelta! . . . ¡Ay, Señorita Marta! ¿quién sabe lo que Jesús os tenía reservado para el último minuto de vuestra hora de adoración? . . . ¡Cómo! Gustáis tanto de alargar las visitas que hacéis á vuestras amigas, y sólo á Dios le escatimáis una hora y estáis impaciente por terminarla cuanto antes? ¡Quizá quería Él haceros santa! Y os apartasteis. . . ¡Cuánto abundan las aberraciones, las inconsecuencias, los olvidos y las ilusiones del mundo! . . .

«La gran fiesta de nuestra entrada en la eternidad no será más que el Santísimo Sacramento sin velos.»
(R. P. Caussette.)

¡Y hay almas que no quieren gustar el Paraíso en la tierra!

¡Y otras que no quieren gozar del Paraíso ni aquí ni en el cielo!

Jesucristo se halla en medio de ellos, y ellos voluntariamente no le conocen. (Evang; seg. San Juan, I. 26.)

Así los desconocerá Él un día y les dirá: «Fuí peregrino en la tierra y no me hospedasteis, prisionero en los tabernáculos y no me visitasteis; ¡apartaos, pues, no os conozco!»¹

Y arrojados del cielo, irán á otra morada en donde sólo tendrán el sempiterno horror y los tormentos. Tendrán al demonio siempre. . . á Él, jamás!

¹ *Hospes eram et non collegistis me, et in carcere et non visitastis me.*
(S. Mateo, XXV, 43.)

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hec est victoria qua vincit mundum, fides nostra.
Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.^a EPIST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINÚA.)

El primero consiste en considerar la pasión, no como cosa que ya pasó, sino como un suceso á que asistimos. Las cosas distantes ordinariamente nos impresionan poco. Es indispensable ver los padecimientos de Jesucristo como si se verificaran delante de nosotros. Esta es la práctica de la Iglesia, que en el cielo anual de sus solemnidades, nos representa todos los misterios de la religión como si aconteciesen en ese mismo día. Hé aquí, nos dice, el día en que nació el Salvador, ó en que resucitó, ó en que subió á los cielos.

El segundo consiste en mirar la pasión del Señor, no como un beneficio común á todos los hombres, sino como beneficio personal nuestro. Parece que la redención pierde su precio por abrazar á todos los hombres; esto es sin duda un error grosero: si Jesucristo padeció por todos, no hubiera padecido menos por cada uno: porque sin duda consideró y distin-